

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 8, capítulo CVI

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 8, capítulo CVI

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo CVI

**Napoleón pone mano dura en los
asuntos mexicanos**

Enero y febrero de 1864

CAPÍTULO CVI

NAPOLEÓN PONE MANO DURA EN LOS ASUNTOS MEXICANOS

Enero y febrero de 1864

Nuestro ministro en Washington observa con inquietud la actitud zigzagueante del gobierno de los Estados Unidos, especialmente del secretario de Estado Seward. Aprovechando la buena costumbre de ese gobierno de publicar la correspondencia diplomática reciente, comenta la serie de notas cambiadas entre los Estados Unidos y Francia desde abril de 1863, así como entre Seward y Corwin que aún permanecía en la ciudad de México, si bien sin tener relaciones con la república.

Recomendamos al lector la lectura de la importante comunicación de Romero al ministro de Relaciones. Efectivamente, como dice, se advierte en ella el “tono vacilante” y “casi contradictorio” de la correspondencia de Seward. En cambio, destaca la franca declaración del ministro francés de Negocios Extranjeros Drouyn de Lhuys al ministro estadounidense Dayton, que nos parece que es un verdadero chantaje que el gobierno de Johnson soportó y que relata así: “si los Estados Unidos ayudan o animan a sus enemigos en México, Francia ayudará y animará a nuestros enemigos en los Estados Unidos”, o sea, que si se ayudaba al gobierno legítimo de México, Napoleón ayudaría a los confederados.

Con cinismo y aun crudeza, Drouyn de Lhuys habla de su falta de interés en que México se convierta en colonia de Francia. La lectura de esa carta justifica la calificación que de esta política hiciera años más tarde don Fernando Iglesias Calderón, llamándola “el egoísmo norteamericano”.

Con la actitud sumisa que desde un principio adoptó Fernando Maximiliano, escribe a Napoleón pidiéndole que el reembolso que el imperio mexicano haga de los gastos de la invasión se cubra en diez

anualidades decrecientes y que al retirarse el ejército francés, la legión extranjera se quede muchos años enarbolando la bandera francesa.

Napoleón se apresura a contestar en una comunicación en que parece que todas las propuestas se han aceptado; pero las respuestas son vagas, imprecisas. Lo único categórico es la recomendación de no visitar Roma, para evitar arreglos con el Papa y no desagradar a la opinión pública de México si acepta compromisos con el pontífice. Es decir, ratifica su recomendación de mantener una postura liberal e independiente de la Iglesia.

López de Santa Anna, cree que la fruta ha madurado ya, por lo que es conveniente venir al país para cosecharla: esperar la llegada de Maximiliano, recibirlo y ofrecerle no sólo sus servicios, sino protección frente a los rebeldes.

Pero su antiguo discípulo, Almonte, ha preparado, de acuerdo con Bazaine y el marqués de Montholon, el recibimiento adecuado para contrarrestar sus ambiciosos planes. El general Almonte comunica a Maximiliano estos propósitos en carta del 27 de febrero que se incluye en este capítulo.

A bordo del barco que lo lleva desde Jamaica se le hace firmar el 27 de febrero, frente a Veracruz, no sólo su adhesión al imperio sino el compromiso de no actuar en política. Dos días después escribe al subsecretario de Guerra de la regencia poniéndose a sus órdenes e indicando que ya había manifestado su adhesión al régimen desde hacía algún tiempo.

Sin embargo, tan luego desembarca, lanza un manifiesto que, conocido por Almonte y Bazaine, hace que este último con gran celeridad fulmine la orden de 7 de marzo que se reproduce, desterrando al viejo dictador y a su hijo, orden que se cumple el sábado 12 de marzo.

Termina este capítulo con un remitido de Santa Anna a *El Diario de la Marina*, seguramente enviado a fines de marzo, en que da una versión falaz de los hechos.

DOCUMENTOS

Enero y febrero de 1864

MAÑOSO EXTRAÑAMIENTO FRANCÉS
AL ARZOBISPO DE MÉXICO

México, 16 de enero de 1864

A su Ilustrísima el señor arzobispo

Illmo. señor:

Acaba de dárseme conocimiento de un hecho de extrema gravedad; me han sido entregados escritos incendiarios, que se echan por debajo de las puertas de ciertas casas y se distribuyen clandestinamente al público. Los autores de ese culpable manifiesto ensalzan viles intereses materiales que repudian nuestra santa religión y apelan a las pasiones más detestables contra el ejército de su majestad el emperador que viene a arrancar a México del desorden, a volver la protección a los pastores de las almas y la libertad más grande al santo ministerio, olvidando que esos prelados, en cuyo órgano pretenden constituirse y a quienes presentan como humillados y abandonados, no estuvieron nunca rodeados de más respetos y veneración.

Yo me inclino a creer, Illmo. señor, que vuestra soberana ilustrísima no tiene noticias de esos manejos criminales; llamo, pues, su atención sobre ellos y le hago una súplica por el interés del orden y de la paz pública. Puesto que un partido ínfimo se agita para turbar la paz de la nación en nombre de la religión católica, de la cual los franceses somos los hijos mayores; en nombre de los prelados, Illmo. señor, que le vigilamos, conocemos sus arterías y que, de acuerdo con el gobierno legítimo del país, los ejércitos de la Francia mantendrán la tranquilidad; decidles que si siempre nos repugna emplear medios violentos de represión, sabríamos, sin embargo si las circunstancias nos impusieran

ese penoso deber, hacer volver a la oscuridad, desde donde osan lanzar sus diatribas, a esos enemigos verdaderos de México.

Tened la bondad de decírselo, Illmo. señor y si se contienen ante vuestra palabra evangélica, V. S. I. habrá prestado un gran servicio a la humanidad y si le faltare el reconocimiento de esos hombres, tendrá el nuestro.

Gral. Neigre

MAGNIFICO RESUMEN
DE LA ZIGZAGUEANTE POLITICA ESTADOUNIDENSE
FRENTE A NAPOLEÓN, EN EL CASO MEXICANO

Washington, enero 30 de 1864

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores
San Luis Potosí

Hoy he acabado de leer precipitadamente la correspondencia de Mr. Seward a que se refiere mi nota número 10 de 26 del que cursa. Incluyo a usted varias hojas sueltas que contienen las notas que se refieren a nuestros asuntos.¹

La parte principal está en la correspondencia de Mr. Seward con el gobierno de Francia. En ella se halla una nota que dirigió a Mr. Dayton con fecha 26 de septiembre último, que contiene una exposición de la política de este gobierno con relación a los negocios de México. La importancia de dicha nota me hace incluir una traducción de ella en la parte conducente, bajo el número uno. En ese documento como en las conversaciones de Mr. Seward, se advierte su tono vacilante y que se ha colocado en una posición casi contradictoria. Dice que “los Estados Unidos no tienen ni el derecho ni la voluntad de intervenir en los asuntos de México”, al mismo tiempo que reconoce que “la seguridad y el destino de los Estados Unidos están estrechamente ligados con la conservación de las instituciones liberales y republicanas en toda la América”. Se nota desde luego que este gobierno aprecia en toda su importancia la gravedad y trascendencia de los sucesos que están

¹ No se reproducen porque ya figuran en volúmenes anteriores de esta obra o su contenido está incluido en algún otro documento.

teniendo lugar en la república pero que su temor por la Francia o más bien su deseo de evitar complicaciones con dicha potencia, le hacen conformarse con las seguridades dadas por el gobierno de aquella nación, por más que ellas hayan sido y sean desmentidas a cada momento por los hechos. Este temor se halla expresado en la nota que Mr. Dayton dirigió a Mr. Seward, número 301, fecha 24 de abril de 1863, que termina con estas palabras dichas por Mr. Drouyn de Lhuys y referidas por Mr. Dayton: “Si los Estados Unidos ayudan o animan a sus enemigos en México, Francia ayudará y animará a nuestros enemigos en los Estados Unidos”.

Se descubre, además, en el despacho antes citado de Mr. Dayton que, mientras el general Buttler tuvo el mando de Nueva Orleans, los franceses sacaban de aquel puerto los artículos de contrabando de guerra que necesitaban para proseguir sus operaciones contra nosotros, con más libertad que durante la administración del Gral. Banks, supuesto que Mr. Drouyn de Lhuys se queja de que éste era más exigente y menos liberal que su predecesor.

El lenguaje que Mr. Seward ha usado con el ministro francés en Washington con relación a los negocios de México, ha de haber sido tan excesivamente favorable o amistoso a la Francia, que Mr. Mercier entendió en una ocasión que Mr. Seward le indicaba que el gobierno de los Estados Unidos deseaba que la marina francesa bloqueara a Matamoros y Mr. Seward se creyó obligado a corregir esa impresión que llama errónea y que debió tener algún fundamento.

El ministro de Negocios Extranjeros de Francia ha repetido con demasiada frecuencia las seguridades de que su gobierno no piensa colonizar a México, quedarse con alguna parte de nuestro territorio, ni sacar para sí o para alguna otra nación europea ventajas especiales de ningún género y que sólo espera para retirar sus fuerzas con honor, obtener satisfacción de los agravios de que se queja y pago de los créditos que asegura le debemos. Cuando Mr. Dayton le dijo que tal vez pensaría dejar en México algún manequí *-puppet-* Mr. Drouyn de Lhuys contestó “que los alambres eran muy largos para poderlos manejar tan lejos” y que Francia “tenía demasiada experiencia de lo que son las

colonias, por lo que le ha pasado con la de Argel”.

Mr. Dayton refería a Mr. Seward en su nota número 345, de 14 de septiembre de 1863, que circulaba en París el rumor de que los Estados Unidos esperaran solamente el término de su guerra civil para arrojar a los franceses de México, a lo que contestó Mr. Seward, en su despacho número 410, de 5 de octubre último, desmintiendo ese rumor y agregando que nadie que conociera al pueblo americano podía creer por un momento que se estaba preparando para una guerra futura o que la estaba meditando contra la Francia, a quien tiene el deseo de mantener y conservar como amiga al través de todas las vicisitudes de la fortuna política y de todos los cambios de la vida nacional.

Está también publicada íntegra y, por su importancia, la remito traducida bajo el número dos la nota que Mr. Seward dirigió a Mr. Dayton con fecha 23 de octubre último marcada con el número 417, en respuesta a la indicación hecha por el gobierno francés para que los Estados Unidos reconocieran al archiduque de Austria como emperador de México, cuya nota fue la que me leyó Mr. Seward en la conferencia que tuve con él el 20 de noviembre próximo pasado y de la que di cuenta a ese ministerio en mi comunicación número 29, de la misma fecha.

También remito traducido bajo el número tres el despacho número 361, de 9 de octubre citado, en que Mr. Dayton da cuenta a Mr. Seward de la conferencia que tuvo con Mr. Drouyn de Lhuys y en la cual se le sugirió la idea de que los Estados Unidos reconocieran al llamado gobierno del archiduque. No me detengo más en referir las observaciones que me ocurren en vista de estos despachos, por remitirlos íntegros a ese ministerio, que de seguro hará sobre ellos observaciones más juiciosas y fundadas que las mías.

La correspondencia de Mr. Seward con esta legación y con la de los Estados Unidos en México, que incluyo íntegra, comprende 28 páginas y apenas abraza documentos de importancia. De la correspondencia de Mr. Corwin no se publicó nada importante. No hay ninguna nota suya posterior a la entrada de los franceses en México. El despacho de Mr. Seward en que aprobó la conducta de Mr. Corwin de no seguir al supremo gobierno a San Luis y lo autorizó para que regresara a

los Estados Unidos cuando lo creyera conveniente, se encuentra en la página 1256 y hacia él llamo la atención de ese ministerio.

Voy a procurar que la Cámara de diputados pida al presidente la correspondencia sobre los asuntos de México y tendré cuidado de que si Mr. Seward se decide a mandarla se incluyan en ella, como se ha hecho en los dos años anteriores, todos los documentos que nos favorezcan y presenten nuestra causa bajo un aspecto ventajoso.

Remito en una hoja suelta los comentarios publicados por los periódicos de este país que han llegado a mis manos, sobre la referida correspondencia de Mr. Seward.

El *Herald* hace notar el contraste que hay entre el tono altivo que se usa con la Inglaterra y el sumiso que se emplea con la Francia.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

PREVIAS CIERTAS CONDICIONES,
MAXIMILIANO ACEPTARA EL TRONO DE MÉXICO

Viena, enero 19 de 1864

(A Napoleón III)
(París)

Sire:

Las últimas noticias de México, tan favorables a la causa de la intervención y que anuncian que en esta empresa tan difícil vuestra majestad logra nuevos triunfos, hacen presagiar que los votos de la gran mayoría del país, tendientes a conferirme la corona, no tardarán en conocerse en Europa. Con esto, la primera condición, planteada en mi discurso a la delegación, se vería cumplida.

Por su lado, mi hermano el emperador se ha apresurado a acceder a mis deseos y ya ha dado las órdenes necesarias para equipar la fragata que debe conducirme a Veracruz. Si, como espero, las conversaciones relativas al empréstito llegan a un fin, sólo me queda un deber que cumplir antes de pronunciarme definitivamente, un sagrado deber, puesto que de él depende asegurar el porvenir de la monarquía que debo fundar.

Según mi opinión este porvenir estará garantizado si el proyecto de convención militar que, por lo que me trasmite el Sr. T. Kint se me enviará próximamente por orden de V. M. I., contiene las bases que yo le había encargado someteros y si V. M. se digna hacer modificar en la nota adjunta en copia que ha tenido la extremada bondad de entregar al mencionado diplomático, algunos de los puntos concernientes al apoyo de Francia en el sentido de las explicaciones verbales que ha tenido el honor de presentaros y que, en general ya han recibido la aprobación de

V. M.

Me atrevería a rogaros, Sire, acordar diez anualidades para el reembolso de las deudas contraídas con Francia, teniendo en consideración las condiciones financieras del nuevo Imperio, poco brillantes en un comienzo pero que, con la ayuda de dios, serán prósperas en la medida que se consolide el estado.

Si estas consideraciones llevaran a V. M. a reglamentar el reembolso de manera que los reintegros a hacer sean progresivos anualmente, agregaré aún más motivos al agradecimiento que ya México le debe.

V. M. ha tenido la bondad de decir al Sr. Kint que no veía ninguna dificultad en que el efectivo de la legión extranjera reclutado en Francia y que quedará en México ocho o diez años, después de la partida de las tropas francesas propiamente dichas; podrá constar de 6,000 a 8,000 hombres. Esta es también una modificación que os rogaré, Sire, introducir en la nota en cuestión. Me sentiré muy cómodo si quedase constatado que esta legión representante, por así decirlo, del ejército francés en México, llevara la bandera francesa.

En cuanto al resto, por las generosas concesiones que se formulan, la nota en cuestión sólo ha podido inspirarme el más vivo reconocimiento. Si V. M. diese una respuesta afirmativa a los diversos puntos que me he permitido indicarle, estoy dispuesto a aceptar el trono en forma definitiva y a declararlo a la delegación mexicana que vendrá a presentarme el voto del pueblo mexicano.

Tengo la certeza, Sire, que aceptaréis que haya subordinado la recepción de dichos delegados a la respuesta que solicito de la bondad de V. M. En presencia de cuestiones de tal gravedad para la suerte de la nación que ha colocado en mí su confianza, mi conciencia me obliga a precisar claramente la cuestión.

Rogándoos, Sire, disculpéis mi insistencia, en vista de estas consideraciones, me pongo a los pies de S. M. la emperatriz y soy con la más alta estima el muy devoto servidor y primo de V. M.²

Fernando Maximiliano

² Original en francés.

NAPOLEÓN PRECISA LOS PLAZOS
EN QUE EL EJÉRCITO FRANCÉS ESTARÁ EN MÉXICO

París, enero 30 de 1864

A vuestra alteza ilustrísima, el archiduque Fernando Maximiliano
(Miramar)

Hermano mío:

Creo deber contestar a la carta de V. A. I. tan claramente como de mí dependa, a pesar de que me ha resultado difícil comprender sus deseos.

Según lo manifestado en mi nota, el gobierno francés sólo puede comprometerse a las siguientes garantías:

1°. El ejército francés abandonará México sólo cuando pueda hacerlo, sin comprometer la existencia del nuevo gobierno.

2°.- A1 partir dejará en México por un período de seis a ocho años la legión extranjera aumentada hasta seis u ocho mil hombres, sea con reclutas nacionales o europeos. La cuestión de la bandera será resuelta antes de la partida de las tropas francesas.

3°.- Las bases navales francesas de las Antillas y del océano pacífico enviarán frecuentemente navíos que muestren la bandera francesa en los puertos de México.

4°.- El gobierno francés aceptará todas las condiciones más favorables a México para el reembolso de los gastos de la expedición.

Estas son las seguridades que puedo dar a V. A. I. pero repito que la cuestión esencial es la del empréstito y que vuestra presencia es indispensable para concluirla rápidamente. Por eso creo que es urgente que os decidáis a venir a París, desde donde os podéis trasladar con

facilidad a Bruselas y a Londres.

En lo que se refiere al viaje a Roma me permito observaros que veo en ello grandes peligros; el Papa querrá lograr compromisos y si V. A. I. los acepta no será bien visto en México; si los rechaza el santo padre se sentirá herido. Por otra parte, el tiempo pasa y después del discurso de Rouher,³ que ha producido gran impresión en Francia, la opinión pública es muy favorable a la negociación de un empréstito y a todo lo que pueda ser provechoso al gobierno de V. A.

Os renuevo la seguridad de los sentimientos de esta estimación y sincera amistad con que soy el buen hermano de V. A. I.

Napoleón

Adjunto la copia de la convención militar enviada al gobierno provisorio de México, hace algunos meses.⁴

³ Discurso pronunciado en la cámara, a favor de la expedición mexicana.

⁴ Original en francés.

ALMONTE ASOCIA A LABASTIDA Y SANTA ANNA

México, febrero 27 de 1864

A S. M. el emperador Fernando Maximiliano,
Emperador de México

Sire:

He recibido la carta de V. M. fecha 10 de enero último. Me siento feliz de la aprobación que os dignáis dar a la medida que me ha sido necesario tomar para evitar un conflicto con el gobierno francés. Monseñor Labastida se ha mostrado intratable y, evidentemente, no tenía otro objetivo que provocar este conflicto.

Si se hubiese derribado la regencia, en presencia de la necesidad de un gobierno nacional al lado de la intervención, sin duda habría sido necesario designar, para remplazarla, a un personaje del exclusivo partido reaccionario, que hubiera podido en menos de un mes usurpar el honor de una empresa que ha salvado al país y a la cual ha rehusado todo concurso hasta la hora en que el éxito dejara de ser dudoso.⁵

Es la intriga de la que he hablado someramente a V. M. en mi carta del 15 de enero último y de la que debo hablar más ampliamente hoy, cuando el Gral. Santa Anna nos causa nuevos problemas por las pretensiones que tiene para su regreso, a las cuales me prestaría personalmente sin repugnancia, pero que, según las instrucciones del emperador Napoleón, prescriben a sus representantes oponerse formalmente a que lance una proclama a la nación al desembarcar y espere a V. M. en Veracruz para tomar el primer puesto en su cortejo y

⁵ Indudablemente se refiere a Santa Anna.

aparecer como presentándolo al país.

El gobierno de la regencia, único que representa a V. M., es el que puede hablar oficialmente a la nación antes de la llegada del soberano. De otro modo, la opinión pública vería a la monarquía colocarse, en apariencia al principio, bajo el patrocinio de un hombre juzgado severamente y que no ha hecho ningún acto público en favor de la monarquía ni siquiera ha lanzado un manifiesto cuando esto pudiera haber sido una ayuda. Lejos de esto, el gobierno francés no ha olvidado ni perdonado la declaración hostil a la intervención y al imperio, publicada en forma de biografía por el Gral. Santa Anna, en ocasión del revés sufrido el 5 de mayo, cuando veía la empresa casi perdida ni la negativa formal de adhesión hecha por su hijo por orden, según declaró, de su padre, negativa que determinó al mariscal Forey a no dejarlo desembarcar.

Estas razones y aún otras que sería demasiado largo exponer a V. M., han decidido al Gral. Bazaine y al marqués de Montholon a notificar al Gral. Santa Anna que debe hacer, como el Gral. Miramón, un acto de adhesión puro y simple a la intervención y al imperio, que recibiría toda la publicidad conveniente y que sería útil no esperar a V. M. en Veracruz, a menos que V. M., a pesar de estas consideraciones, no crea conveniente llamarlo.

Mi deber me obligó a rendir cuentas de esta situación a V. M. a fin de que ella pueda decidir con conocimiento de causa en el caso de que el Gral. Santa Anna temiendo que, para evitar esta pequeña comedia, os esperara en La Habana para desembarcar con sus majestades en lugar de esperarlos en Veracruz como fue su primera intención.

En cuanto a Vidaurri nuestras previsiones se realizan y las hostilidades han comenzado ya entre él y Juárez, según las noticias que nos han llegado antes de anoche.

Resulta claro que su adhesión a la intervención y al imperio no puede hacerse esperar mucho, pues en las comunicaciones oficiales a los ministros de Juárez, publicadas por Vidaurri mismo, indican la necesidad de tratar sobre bases de independencia y de soberanía garantizadas suficientemente.

Adjunto a V. M. esta correspondencia bajo el número uno, así como también la copia de una carta al Gral. Mejía bajo el número dos que detalla los acontecimientos que se han comenzado a desarrollar en el país. He creído de mi deber escribir a V. M. los detalles contenidos en esta carta a pesar de tener la esperanza de que ella será devuelta para encontrar a V. M. en su nueva patria, cruzándose en el camino con ella. En este último caso tomaría las medidas necesarias para que V. M. sea informado íntegramente a su llegada y pueda tomar las decisiones que juzgue convenientes sobre las dificultades que pueden crearnos las pretensiones del Gral. Santa Anna.

Toco al fin de mi tarea, Sire, y agradezco personalmente a V. M. el apoyo que he encontrado en su augusta bondad. Nada descuidaré para justificarla hasta última hora y el más hermoso día de mi larga existencia, siempre consagrada a servir a mi país, será aquel en que lo coloque, salvado para siempre, en las manos de V. M.

Tengo el honor de ser con la más profunda y más respetuosa devoción y con entera gratitud, Sire, de V. M. el muy humilde, muy obediente y fiel servidor.⁶

El presidente de la Regencia,
General de división
Juan N. Almonte

⁶ Original en francés.

MAXIMILIANO
AGRADECE LA ADHESIÓN DE SANTA ANNA

Miramar, febrero 10 de 1864

Al Gral. Antonio López de Santa Anna

Mi estimado general:

Recibí con suma complacencia la carta que me dirigió usted por conducto del apreciable Sr. Gutiérrez de Estrada, para manifestar su adhesión al voto hoy día ratificado por un gran número de sus conciudadanos que me llama al trono de México.

Nadie puede conocer tan perfectamente los sufrimientos de aquel hermoso país, sus necesidades, sus aspiraciones; nadie puede tener mayor celo para su bienestar que el ilustre capitán a quien cupo la gloria de coadyuvar poderosamente al establecimiento de la independencia de su patria y quien tanto ha merecido de ella en una larga y brillante carrera militar y política.

Así, la expresión ardiente de sus sentimientos debe considerarse como un testimonio muy importante en favor del imperio y corroborar mi disposición de consagrarme para conducir a México a mejores destinos.

Acepte, pues, mis gracias por su enhorabuena y esté seguro de que no olvidaré jamás los grandes servicios que ha prestado a mi futura patria, mientras quedo de usted, mi estimado general, su afectísimo.

(Fernando Maximiliano)

SANTA ANNA SE ADHIERE A LA INTERVENCIÓN
Y RECONOCE EL IMPERIO

Yo, el infrascrito, declaro bajo mi palabra de honor adherirme a la intervención francesa y reconocer como único gobierno legítimo la monarquía proclamada por la asamblea de notables bajo la denominación de imperio mexicano, con el príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, por emperador de México. Me obligo a abstenerme de toda demostración política y no hacer cosa alguna, ni por escrito ni verbalmente, que tienda a hacer suponer que regreso a mi país con otro carácter que con el de simple ciudadano.

A bordo del paquete inglés *Conway*, febrero 27 de 1864.

Antonio López de Santa Anna

Me obligo, como mi padre, a las condiciones arriba expresadas.

A bordo del *Conway*, febrero 27 de 1864.

Ángel López de Santa Anna

SANTA ANNA EXPULSADO DE MÉXICO POR BAZAINE

México, marzo 7 de 1864

(Gral. Antonio López de Santa Anna)

Señor general:

El excelentísimo señor Gral. Almonte acaba de remitirme un suplemento al número 68 del periódico *El Indicador*, que se publica en Orizaba y en el cual se encuentra en extenso –entera- la proclama que usted ha enviado a México y está firmada por usted.

Usted ha faltado al compromiso que firmó a bordo del paquete inglés *Conway* y usted no ha creído tampoco conveniente dirigirse en esta circunstancia al comandante en jefe del ejército franco-mexicano, que representa a la Francia en México.

Usted no puede permanecer más largo tiempo en el territorio mexicano y yo lo invito a dejarlo sin dilación, lo mismo que su hijo.

He dado a este respecto órdenes formales al comandante superior de Veracruz, lo mismo que al almirante comandante en jefe de las fuerzas navales francesas en el golfo, a fin de que sea puesto un buque a disposición de usted.

Reciba usted, señor general, la seguridad de mi alta consideración.

(Francisco Aquiles) Bazaine
General comandante en jefe

SANTA ANNA LLEGA A VERACRUZ
Y SE PONE A LAS ÓRDENES DE LA REGENCIA

Sr. subsecretario de Estado
y del Despacho de Guerra y Marina,
don Juan de Dios Peza

El día 27 del corriente, a las 5 de la tarde, desembarqué en este puerto, procedente del de San Thomas, en donde permanecí algunos años, recibiendo la hospitalidad que las vicisitudes políticas me obligaron a buscar en tierra extranjera.

Al decidirme a volver al suelo natal, he llevado la noble mira de cooperar de la manera que me sea posible a la consolidación de las instituciones que la nación ha tenido por conveniente adoptar, bajo la sombra benéfica del trono en que ha de colocarse el ilustre príncipe designado en los altos consejos de la divina providencia para levantar a la nación del abismo de desgracias en que por la anarquía se hallaba hundida.

Desde la instalación de la regencia, encargué al Excmo. Sr. Gral. don Santiago Blanco le manifestase mis sentimientos de adhesión y la satisfacción que me causaba saber que se había establecido el gobierno nacional bajo la forma elegida por la voluntad del pueblo mexicano; cuyo encargo tuvo la bondad de desempeñar según mi deseo.

Ahora, en consecuencia, lo hago yo directamente, desde este lugar, para ratificar a la regencia que puede contar con la inutilidad de mis servicios y librar las órdenes, que tenga por conveniente, al decano del ejército mexicano.

Sírvase V. S. aceptar las protestas de mi distinguida consideración.

Heroica ciudad de Veracruz, febrero 29 de 1864.

Antonio López de Santa Anna

SANTA ANNA RELATA CÓMO LO TRATARON
LOS FRANCESES AL LLEGAR A VERACRUZ

(La Habana, marzo... 1864)

Señores redactores del *Diario de la Marina*

Muy señores míos:

En el número de hoy del periódico que ustedes redactan, he leído con bastante sorpresa la versión que ustedes han tenido por conveniente publicar para explicar mi inusitado regreso a este puerto, procedente del de Veracruz, en el vapor de guerra francés *Colbert*.

Apoyados ustedes, según expresan, en los datos fidedignos que creen poseer, asientan conceptos tan equívocos y faltos de exactitud, que me es imposible dejar pasar sin la debida aclaración. Antes de emprender tal tarea, declaro que contemplo a ustedes extraños al error que les han hecho cometer con esos datos tan faltos de verdad y de justicia. Sentado lo expuesto, diré a ustedes que no he solicitado esa autorización a que ustedes aluden del gobierno provisional, para trasladarme desde San Thomas a Jalapa, siendo, por el contrario, que yo he sido el invitado para volver al seno de mi patria por infinidad de mis compatriotas y, particularmente, por uno de los miembros de la regencia; así es que no es cierto que existiera la previa condición terminante de que me abstudiese de dirigir la palabra a mis conciudadanos; pues, antes bien y en justa contraposición de tal aserto, existe la declaración competente que de oficio hizo el mariscal Forey, en la cual se me relevaba de ésta o de cualquiera otra exigencia cuando dispusiese volver al suelo patrio. Como mi salida de México en agosto de 1835 fue voluntaria, según es notorio, no existiendo ley alguna que me prohibiese regresar cuando me

conviniere, habría sido impertinente la supuesta solicitud.

Prosiguen ustedes diciendo que la relacionada determinación se me comunicó en Veracruz y que, a pesar de ella, el manifiesto fue publicado y circuló con profusión en hojas sueltas, siendo esto el origen del acto de severidad que acordara ejercer con mi persona el Gral. Bazaine, de acuerdo con la regencia. Quien tal ha podido informar a ustedes, en verdad que no sólo carece de conciencia sino hasta de sentido común porque, aun cuando no existieran los documentos oficiales que a ustedes no son desconocidos, mi solo nombre es una garantía suficiente para que nadie que pueda imaginarse que hubiera podido, a sabiendas, violar mi palabra.

Tan pronto como fondeó en la bahía de Veracruz el vapor inglés *Conway* que me conducía, se me presentó el comandante superior de aquel puerto con la pretensión de que suscribiese (una) [un] acta de adhesión al imperio y reconociese por emperador de México al príncipe Fernando Maximiliano, archiduque de Austria. Pude haberme eximido de llenar tal formalidad mediante la expresa exoneración que de ella y de cualquiera otra había hecho en mi favor el mariscal Forey; mas, siendo tales mis creencias políticas, como lo he declarado a la faz del mundo, calculé que debía en ese acto confirmarlas y, habiéndome asegurado el expresado comandante superior, que a eso se contraía sustancialmente el documento que se me presentaba escrito en francés, idioma que no conozco, ni es el oficial en México, lo suscribí sin más demora. En seguida fui a tierra, dispuse el viaje de mi esposa a la capital acompañada por algunos amigos míos, los que al marcharse quisieron conocer mi modo de pensar y tomaron copias manuscritas del manifiesto que ha visto la luz pública. Cuando di los pasos necesarios para que se imprimiera en Veracruz el relacionado manifiesto, se me indicó la imposibilidad de hacerlo y pidiendo copia traducida al castellano del documento que firmé en el paquete, me impuse entonces que me estaba prohibida la publicación de mi alocución. Entonces mandé una copia al miembro principal de la regencia para que, en vista de su especial contenido y en bien del país, se mandase publicar; pero mis amigos ya habían marchado rumbo a la Capital y en el alcance del periódico *El Indicador* que se

publica en Orizaba, apareció impreso; acto a que de ningún modo podía ser yo responsable cuando de él no había tenido conocimiento alguno.

En cuanto a esa mancomunidad que ustedes expresan habida entre el Gral. Bazaine y la regencia para acordar mi expatriación ¿podrá ser posible?, cuando en la misma fecha de 7 del actual y acaso a una misma hora, supuesto que juntas llegaron a Veracruz, la regencia me dirigía la más cumplida enhorabuena por mi regreso a la patria y el Gral. Bazaine ordenaba la proscripción no sólo para mi sino para un hijo mío que se encontraba conmigo y era aún más extraño a la publicación? Además, el expresado Gral. Bazaine funda su acto de severidad, no sólo en la publicación del manifiesto, sino en que no me dirigí a él como representante que se considera ser de la Francia en México, a pesar de la presencia del Excmo. Sr. marqués de Montholon, ministro plenipotenciario de S. M. I. Napoleón III; de manera que, aun sin haberse hecho la publicación del manifiesto, el Gral. Bazaine habría siempre descargado sobre mi persona ese acto de despecho personal de que sólo él aparece responsable.

En conclusión, señores redactores, ya ustedes han visto todos los documentos oficiales que se han publicado en *La Prensa* y *El Siglo* y, tanto por su inflexible lógica como por la presente manifestación que tengo el gusto de dirigir a ustedes, les he de merecer que rectifiquen los errores en que han incurrido ustedes con esos informes que creyeron fidedignos y que declaro ser enteramente falsos; con lo cual harán un acto de recta justicia a su más atento su servidor que besa su mano.

Antonio López de Santa Anna

LABASTIDA SE ENFRENTA A LOS REGENTES
Y A LOS JEFES FRANCESES ⁷

Exposición hecha por el Excmo. e Illmo, señor arzobispo de México en la conferencia que promovió entre los señores regentes y el Sr. Gral. de división Bazaine, jefe del cuerpo expedicionario y Mr. Budin, comisario extraordinario de Hacienda por S. M. el emperador de los franceses. Reunidos todos en el salón de acuerdos del palacio imperial, dijo el señor arzobispo lo siguiente:

He deseado, señores, esta conferencia para manifestar francamente la complicación en que me hallo por mi doble carácter de regente del imperio y como cabeza de la Iglesia mexicana. Desde que se pensó en mí para formar parte del gobierno, me resistí, como consta al Excmo. Sr. Almonte que está presente. Desde entonces expuse que si se hablan de seguir ciertas ideas en el desarrollo de la intervención, un obispo, cualquiera que fuese, sería un obstáculo, una rémora que impediría la marcha. Mi resistencia fue constante, firme y decidida hasta el último punto. Repito que lo sabe muy bien el Excmo. Sr. Almonte y esto basta.

Estando en Roma se me llamó para pedirme algunos informes sobre la situación de este país y las relaciones de la Iglesia con el gobierno civil. Con toda claridad expuse mis ideas y en el momento que se me indicó que no era posible contar con el elemento clerical me retiré de París para volverme a Roma. Después de algún tiempo se me hicieron algunas indicaciones y, más adelante, positivas instancias para que obtuviera de la Santa Sede todas las facultades necesarias para el arreglo de las cuestiones eclesiásticas. Como entre éstas la más vital era la de los bienes de la Iglesia, trabajé con empeño en alcanzar la plenitud de

⁷ Este documento se encontró incompleto en su versión en español, que consideramos es la original. Se completa con la traducción del texto en francés, localizado como el anterior en el AEA, Archivo mexicano del emperador Maximiliano en Viena.

facultades que acostumbra conceder el santo padre. Por su suma bondad me fueron otorgadas y aun se comunicaron a los señores obispos. No creyéndolas bastantes para ocurrir a todas las necesidades que habían surgido en este país a causa de los avances de la revolución, solicité nuevas y extraordinarias facultades sin reserva ni restricción para poderme arreglar con todos los detentadores de los bienes de la Iglesia, celebrando algunas composiciones, investido del poder suficiente para el logro de mis deseos, se me volvió a llamar con el fin de tocar los puntos eclesiásticos. Reducido en los primeros días a sólo el carácter de arzobispo, dije mi modo de pensar e indiqué el camino que se podía seguir para facilitar la solución.

Se recibió en París la noticia de mi nombramiento para miembro del Poder Ejecutivo y, antes de comprometerme a volver al país y aceptar dicho nombramiento, procuré de nuevo manifestar mis ideas sobre materias eclesiásticas y el sistema que me proponía seguir y consideraba muy compatible con los compromisos de regente. Después de estos pasos, el Excmo. señor ministro de Negocios Extranjeros me instó por varios conductos para que viniera a colocarme en mi puesto y S. M. el emperador, a quien igualmente y con la misma lealtad hice las mismas declaraciones, creyó conveniente mi vuelta al país en unión de mis otros Illmos. hermanos. Ya mucho antes S. M. I. había pedido al santo padre, por medio del nuncio de S. E., la vuelta de todos los obispos.

Con todas estas precauciones e investido de las facultades pontificias, me resolví a emprender mi viaje, creyendo hacer un buen servicio a mi patria, muy compatible con mis deberes episcopales, ocupando el puesto de la regencia. Bastante me animaron las comunicaciones oficiales y extraoficiales que se dirigieron a París, por los franceses y mexicanos después de la entrada en esta capital. En ellas se decía que las ovaciones habían tenido un carácter religioso y que el pueblo saludaba a los dos ejércitos como a los protectores de la religión y de la sociedad. Mis compañeros de la regencia me esperaban con ansia y aplazaban muchísimos graves negocios para cuando yo volviera. Sobrada razón tenían para hacerlo así, cuando el conocimiento anticipado de mi carácter debía persuadirlos que mi vuelta importaba el anuncio de las

facultades necesarias para afrontar las cuestiones y la seguridad de que las últimas inspiraciones recibidas en París me garantizaban el uso de dichas facultades, franco y expedito.

Pero ¿cuál ha sido mi sorpresa al encontrar aquí varias pretensiones que me impiden el uso de dichas facultades para dar a las cuestiones religiosas la solución que me había propuesto y a cuyas pretensiones no puedo acceder con mi carácter de regente, por ser incompatibles con mi carácter de arzobispo? Debo ser franco y tengo derecho para serlo, por decoro con mis dignos compañeros que estuvieron aplazando las cuestiones hasta cuando yo volviera y por mi propia reputación, a fin de que se vea que no me he ido de ligero en uno de los negocios más graves y al aceptar la delicada posición en que me hallo.

Suplico, por lo mismo, a los señores representantes del emperador que me despejen la situación para usar de mis facultades y entrar en arreglos con los detentadores de los bienes de la Iglesia o que me indiquen una manera digna para retirarme de la regencia y no servir de obstáculo a la intervención ni al establecimiento del orden por el cual estoy dispuesto a toda clase de sacrificios menos el de la conciencia y el de la dignidad.

Permítaseme indicar que he obrado con tanta lealtad en el negocio de la intervención que varias veces manifesté al gobierno de S. M. I., como lo sabe muy bien el Sr. Gutiérrez de Estrada, residente en París, que sería conveniente continuara por algunos meses mandando en este país el jefe de la expedición sin tomar ni el título de dictador ni el de presidente ni cualquier otro, sino con un mismo carácter y por el solo hecho de hallarse al frente de la situación. De este modo se habrían evitado las dificultades que nacen de la creación de un poder que se halla sin los elementos propios para marchar libremente.

Cuando vi que uno de los primeros pasos del general en jefe fue la elección de un gobierno nacional y una de sus primeras protestas la de respetarlo y una de sus primeras felicitaciones la de saludar al pueblo mexicano como libre de la demagogia y con existencia política y propia, exhortando a todos a la unión y a la cooperación con ese mismo

gobierno, comprendí que mi idea había sido completamente desechada y que la Francia seguiría otra más propia de su generosidad y más conforme a la dignidad de México.

Esperaba más: que lejos de poner trabas la intervención al gobierno, procuraría allanar todas las dificultades hasta conseguir el restablecimiento del orden con la venida del archiduque Maximiliano como emperador de México. La regencia debe prepararle el camino y no hacer más complicada la situación. No debe resolver ninguna cuestión vital y aplazarlas todas para cuando Él mismo dé la solución más conveniente a la marcha que se proponga seguir en su gobierno. No pertenece a la regencia resolverlas; tampoco dictar medidas que comprometan al soberano y que expongan al país a nuevos trastornos que necesariamente se ocasionarán al herir las susceptibilidades de los detentadores de los bienes eclesiásticos y de las personas interesadas en la conservación de estos bienes. En fin, medidas transitorias que preparan el camino deben ser la materia en que se ocupe la regencia durante el corto período de su existencia. Un nuevo orden de cosas tiene que luchar con dificultades de todo género, necesita para establecerse de conquistar nuevos amigos y de no disgustar a los que se han decidido por él. La derogación del secuestro, el poner en vía de pago los pagarés, la solución de los arrendamientos de casas a los adjudicatarios, la continuación de las obras comenzadas en terrenos de la Iglesia y otras disposiciones que se indican, sólo sirven, señores, para desalentar a los únicos amigos que hasta aquí ha tenido la intervención, para entorpecer el plan seguido hasta aquí, para alentar a los enemigos del nuevo orden de cosas sin conquistar uno solo a favor de la intervención que en tanto ha sido recibida con entusiasmo en cuanto a que se creía que era la protectora de los intereses religiosos y sociales. Mi juicio es imparcial y creo que no se me tendrá por sospechoso al explicarme de esta manera. Pocos, poquísimos han de tener el empeño mío por el establecimiento del orden; mas, con dolor veo que los pasos que se van dando, sólo sirven para extraviarnos y hundirnos en un abismo. Si han de triunfar todas las ideas de la revolución o de lo que se llama reforma, preciso es comenzar de nuevo y no contar ni con los hombres que rodean la intervención ni con los elementos que se han

hecho jugar hasta aquí, sino sólo con esos hombres que acaban de huir a la presencia del ejército francomexicano victorioso en Puebla y con las doctrinas anárquicas, medios reprobados y elementos disolventes de la facción demagógica extranjerizada.

¡Señores! es preciso ver con claridad la situación, es preciso juzgar de ella con conocimiento práctico de lo que es esta sociedad, es preciso no hacerse ilusiones y yo llamo sobre esto la atención de los Sres. Bazaine y Budin por el interés de mi religión y de mi patria y por las nobles miras que al intervencionismo ha tenido S. M. el emperador de los franceses. Juzgar de México por Europa, es un error de consecuencias muy lamentables; buscar elementos de una restauración aquí, semejantes a los que han consolidado el orden allá, es una quimera; el terrible contagio que ha destruido aquí todos los elementos de vida, viene sin duda del infecto foro que ha contaminado a todo el mundo, pero, combinándose con los caracteres, los intereses y los instintos de los demagogos de aquí, ha dado al mal en México un carácter de tal modo excepcional que permanecerá incurable sin la aplicación de los remedios excepcionales que pide este carácter.

Júzguese como se quiera de eso que se llama conquista de la revolución y marcha del siglo en el antiguo mundo, pero en el nuevo, una y otra cosa son, de todo punto, diversos. La revolución aquí lo ha sacrificado todo a la rapacidad y en ella figuran la impiedad y la inmoralidad como medios de acción y, en cuanto al siglo, andamos por el que corre, pero sólo cronológicamente; del siglo no tiene México más que la fecha, esto es todo. Querer, pues, establecer aquí un orden después de nuestra revolución, como los que se han restablecido en Europa, es querer lo que no se puede realizar, es aspirar a lo que no se debe pretender, es, lo diré claro, dar incremento y vigor al desorden permanente que se había querido destruir. Mis convicciones en este punto son tan fuertes que estoy persuadido de que si S. M. el emperador de los franceses viera esto con sus propios ojos, no aprobaría los medios que se trata de aplicar para realizar sus benéficos planes de reparación en este desgraciado pueblo.

¿Cuál es la causa de las desgracias a que ha llegado México? ¿La

tendencia constante de los partidos inmorales que han asaltado el poder, a destruir todo lo existente para convertir esta destrucción en provecho propio? ¿Cuál de estos partidos ha consumado totalmente la ruina de nuestro país? El que acaba de sucumbir en Puebla y de abandonar a México. ¿Por qué medios lo ha conseguido? Destruyendo los únicos elementos sociales con que este país contaba, esto es combatiendo las creencias, combatiendo la moral, pervirtiendo las costumbres y sobre todo derrochando ese cúmulo de bienes que expresaban el culto, dotaban todos los establecimientos de beneficencia, fomentaban la agricultura y eran un banco de avio que, con suma equidad, impulsaba los honestos giros de este país.

¿Hasta dónde ha llegado la ruina, causada por los golpes tenaces del gobierno de don Benito Juárez? Hasta la destrucción de los establecimientos de pública utilidad expensados por el gobierno. ¿Cuál será, pues, el medio de limpiar los escombros, reparar las pérdidas, restaurar tantas ruinas de todo género, triunfante la intervención en México? ¿Acaso abrir el campo a los falsos cultos con una libertad que el carácter y estado de nuestra sociedad repele? ¿Debilitar la acción moralizadora del sacerdocio legalizando lo hecho, tranquilizando en sus posesiones inicuas a los detentadores de bienes eclesiásticos, retirando el brazo de la justicia y tendiendo una mano amiga a los que todavía recorren desolando lo que ha quedado en pie? ¿Condenando como calumniosos e indignos de la regencia los conceptos que a los tribunales y a los ciudadanos hiciera formar su manifestación bien explícita de reservar al soberano la solución de todas las cuestiones capitales? Pues, el hecho es que estos son los medios que desgraciadamente van a emplearse. La circulación legalizada de los pagarés, legitima los valores bastardos que al partir arrojó sobre México don Benito Juárez. (La) [El] alza de suspensión en materia de arrendamiento es un reconocimiento de dominio en los detentadores de las fincas eclesiásticas y lo mismo sucede con la libertad en que se deja para seguir fabricando a los que habían suspendido sus obras a causa de una circular de la regencia. Reconociendo el dominio directo y útil en los que poseen bienes raíces o valores procedentes de la ocupación de bienes eclesiásticos, la cuestión

queda resuelta y ellos, lejos de recibir un golpe con el triunfo de las armas francesas, han hecho la más preciosa conquista, la de una plenísima seguridad pues el vencedor les ratifica lo que el vencido les había otorgado⁸ para escándalo de la nación y el mundo entero.

Aún hay más: en la segunda de las dos notas del periódico oficial número 41, fecha 24 del corriente, se establece, en principio, que el manifiesto del Gral. Forey debe ser el reglamento para el gobierno y, en consecuencia, que las ventas realizadas conforme a la ley serán sancionadas y los contratos fraudulentos serán los únicos que se sometan a revisión. De modo que pueden considerarse como garantizados, según el texto francés, los intereses comprometidos o legítimos según el texto español, lo que no es la misma cosa.

Si esta nota se limitase a erigir el manifiesto del Gral. Forey en Código fundamental e invariable de la regencia del imperio, sólo tendríamos que trabajar para consolidar la autoridad del gobierno mexicano establecido en nombre del emperador, conformándonos al reglamento inmutable prescrito en el manifiesto de un general en jefe.

Sin embargo, quizás podríamos hallar el medio para conciliar todo, estudiando el contexto del manifiesto. Se trata de tres puntos de vital importancia: los partidos, el culto, los bienes nacionalizados. La unión de los partidos es un deseo de todo el mundo, Pero el manifiesto sólo indica, como medio para lograrlo, la anulación del partido conservador sacrificando todos sus principios. En cuanto a la religión, es verdad que la libertad de cultos se menciona como el gran principio de las sociedades modernas, pero esto no significa que sea necesario establecer ni siquiera comprometer al gobierno y a la nación. Por el contrario, el Sr. Gral. Forey cree poder agregar que el emperador vería con beneplácito que el gobierno proclamase, si fuese posible, la libertad de cultos; si el emperador limita sus deseos a la posibilidad del gobierno mexicano de acordar esta libertad, es por los siguientes motivos: primero, porque reconoce que el gobierno será consecuente consigo mismo,

⁸ Hasta aquí es transcripción del documento incompleto del AEA, Archivo mexicano del emperador Maximiliano. Lo que sigue es transcripción y traducción del mismo documento que se encontró en el mismo archivo en su versión francesa.

conformándose, tanto como pueda, lícitamente a sus deseos, lo que nos honra y, segundo, porque teme que en este país no será posible acceder a sus ideas, atendiendo que se trata de un pueblo exclusivamente católico, en el que, fuera del catolicismo, sólo existe indiferentismo e impiedad. Tacto admirable que deroga un poco el carácter absoluto del principio de la libertad de cultos, tal como se lo practica en las sociedades modernas.

En fin, en dicho manifiesto se acuerda una garantía a los propietarios de bienes nacionalizados. Sin embargo, resulta imposible sostener que esta expresión general se aplique por igual a aquellos que han aprovechado la expoliación de los bienes de la Iglesia. A lo sumo, podrán sacar partido de una alusión más o menos seductora que se expresa en el manifiesto del Gral. Forey, pero no encontrarán las garantías de una ratificación que baste para aplacar sus justas demandas. Que no se crea que, cambiando los roles, yo he querido utilizar esta alusión, pues el mismo emperador demostró su satisfacción por el empleo de la frase en cuestión, encontrándola adaptable a la situación y precisamente porque no presentaba los peligros de una solución definitiva y general, siempre inoportuna y extremadamente peligrosa.

De lo que antecede resulta que la nota ha ido mucho más lejos que el manifiesto. La nota llega al punto de acordar la más íntegra seguridad a todos los intereses comprometidos en la venta de los bienes eclesiásticos y nacionalizados.

En consecuencia, considero estas medidas contrarias a la doctrina, a los derechos y a las libertades de la Iglesia católica y me siento obligado a oponerme y a protestar contra ellas. Las considero un golpe mortal asestado a la nación que profesa los principios católicos, que se gobierna según los principios de la justicia y que, precisamente por esta razón, se halla en abierta lucha con el partido demagógico.

Por estos motivos los repruebo; los considero esencialmente contrarios a las conveniencias sociales y a los sentimientos de la nación y, por tanto, como una causa de desaliento general en todo el país.

Deseo ardientemente que estas medidas no sean puestas en ejecución. Reclaman un cambio de personas. Sobre este suelo, Francia necesita hombres y, después de lo que ha pasado ¿cuáles serán esos

hombres? ¿los mismos que acaban de huir y que, después de las numerosas concesiones que se les hicieron, nunca admitirán que son suficientes? ¿La Francia grande, gloriosa, sabia, civilizada y generosa, después de haber dispersado a las bandas demagógicas y visto a sus jefes coronados de laureles por un pueblo agradecido y liberado de sus opresores querrá, abandonando a ese pueblo, encaminarlo a unirse a esas mismas personas, después de haber aceptado sus principios y ratificado sus actos?

Entonces podía haberse evitado al tesoro francés los millones gastados en la guerra; a la nación francesa la sangre preciosa de sus hijos, a los honorables mexicanos los golpes terribles que la facción desesperada les ha asestado; a los fieles el tormento de ver desengañadas sus esperanzas y al clero el dolor de haber regresado del exilio bajo la salvaguarda del nuevo orden de cosas para ser testigo de la legitimación de la expoliación de la Iglesia y de la sanción de los principios revolucionarios.

(Antonio Pelagio de Labastida)
Arzobispo de México